

## Jaime Bayly - Mis e mails

Mucha gente me escribe e mails. Pocos son los afortunados que reciben una respuesta. Me encantaría contestarles a todos, pero el tiempo no me lo permite y mi orgullo tampoco. Leer tantos e mails me ha dejado una melancólica conclusión: el papanatismo es universal y no parece estar en vías de extinción.

Me encanta la gente noble y despistada que suele escribirme algo así como: "Jaimito, mándame un saludo en tu programa, y si puedes saluda también a mi tía abuela Rudecinda, que está recuperándose de una severa hemorroides en el hospital". Esa gente me escribe porque quiere sus quince segundos de fama y cree que soy yo quien graciosamente puede procurárselos. Nunca contesto a esas personas pedigüeñas. No lo merecen. Por supuesto, tampoco les mando saludos en la televisión. Si lo hiciera, me pasaría medio programa nombrando a una importante cantidad de cacasenos y pánfilas, ansiosos todos de oír su nombre en televisión, lo que, sospecho, no sería demasiado entretenido para nadie, con excepción de ellos mismos. A veces me provoca contestar: "Querida señora: si quiere que digan su nombre en la tele, piérdase tres días a ver si la nombran al final del noticiero en la relación de personas desaparecidas. ¡Suerte!".

También me entretienen mucho los amables escritores de e mails que, luego de halagarme con frases más o menos azucaradas, me piden que les diga dónde pueden conseguir mis libros o, ya con más confianza, que les mande de regalo un libro autografiado. Rara vez me precipito al correo a complacer los deseos de esos extraviados ciudadanos del mundo. Pero me quedo siempre un poco triste y pensativo, porque ¿cómo diablos podría saber dónde puede usted, señor Hiraoka, conseguir mi penúltima novela en la localidad de Fukushima, al norte de Tokio? ¿Cómo diantres, querido compratiota Almendro Huamaní, podría decirle dónde conseguir mis libros en el puerto seguramente hospitalario de Brisbane, Australia? La respuesta más eficaz suele ser: "Consulte en internet". Pero no me escapo tan fácilmente de los que me piden mi libro regalado. ¿Qué contestarles? ¿Cómo decirles la cruda verdad sin defraudarlos? Al final me refugio cobardemente en el silencio, y si algunos fastidiosos insisten, reclamando su librito firmado con mucho cariño, le echo la culpa al correo, asegurándoles que el obsequio fue enviado y ya debe de estar por llegar. Pero quisiera tener coraje para escribir: "Amigo: si quiere un regalo, pídaselo a papá Noel, que acá en casa estamos ajustados". ¡La gente ya se pasa de fresca!

No faltan los aspirantes a escritores, jóvenes promesas de la lengua de Cervantes, que me envían sus más recientes creaciones con la plausible esperanza de que yo las lea, les diga mi opinión y los ayude a publicarlas. Recibo poemas, cuentos, novelas y hasta ensayos: me conmueve que tanta gente joven sea consumida por el fuego sagrado de la literatura, que tantos chicos y chicas me manden escritos inéditos y piensen que yo podría apadrinar sus carreras literarias. Generalmente esos e mails comienzan así: "Hestimado Jayme: Quiero ser un hescritor y tú me puez ayudar". Podría entonces dejar de leer, pero, por respeto a mi público, leo siempre hasta al final esa cuantiosa producción de bazofias, adefesios y chapucerías que la gente tiene a bien enviarme por internet. Luego me pregunto qué responder, cómo decir la verdad sin herir a nadie. Una fórmula que me parece apropiada suele ser la siguiente: "Se ve que tienes talento, pero quizás deberías darle una última corrección para suprimir algún ripiecillo menor. Por lo demás, te aconsejo que no abandones tu trabajo, porque los libros dejan poca plata. ¡Sigue escribiendo! ¡No desmayes!".

Nadie está libre de recibir insultos y yo no soy la excepción: puedo dar fe de que me insultan casi a diario en mis correos electrónicos. Recibo e mails procaces, vulgares, coprolálicos o simplemente amenazadores. Esas personas, que suelen tener la gentileza de dedicarme un segundito de su tiempo para insultarme, no se toman el trabajo de dar sus nombres, y uno comprende que sean tan celosas de su privacidad. Nunca llega un insulto con nombre y apellido: todos se amparan en la vasta sombra de los seudónimos. Yo leo los insultos con curiosidad y espíritu de superación, y generalmente me hacen reír. No sé por qué, las groserías y cochinas las contesto todas, sin excepción. Mi respuesta suele ser: "Gracias por escribirme con cariño. Me alegra que me veas con simpatía. Todo lo mejor para ti".

También me intriga la gente que me manda e mails preguntándome por ciertos asuntos de mi vida personal. Me preguntan si estoy casado, si tengo hijas, si es verdad que hago trescientos abdominales diarios, dónde vivo, cuál es mi signo del zodiaco, cuántas veces a la semana me gusta hacer el amor, de qué color son mis calzoncillos; pero lo que más me preguntan es si soy gay o bisexual. Hace poco me llegó un e mail de un chileno que me decía: "Somos tres estudiantes de Temuco. Hemos hecho una apuesta. Yo digo que eres gay, mi amigo Lucas dice que eres heterosexual y mi amiga la Marcelita dice que eres bisexual. ¿Quién gana la apuesta?". Sinceramente me conmovió sentir tanto cariño de los muchachos de Temuco. Me hubiera gustado confundirme en un efusivo abrazo con esos tres amigos chilenos. Apenas alcancé a contestarles: "Estoy de acuerdo con ustedes: Pinochet debe ser juzgado". (El asunto de los calzoncillos no es broma. Un e mail me preguntaba a quemarropa: "¿Boxers o slíps?". Respondí: "Suspensores". La verdad ante todo: uno se debe a su público).

Son muy frecuentes los e mails que podrían clasificarse bajo el nombre de desconfiados, incrédulos o simplemente enfermos. Esas personas, tan pronto como reciben mi respuesta, me advierten: "No te creo. No eres tú. ¿Cómo sé que eres tú? Seguro que es una secretaria que escribe por ti". Comenzamos entonces un largo y penoso proceso de intercambio de información. Les doy mi fecha de nacimiento, mi talla del zapato (las chicas suelen preguntar), mi número de pasaporte, mi apellido materno, el nombre de mi mejor amigo del colegio, el de la chica que invité a mi fiesta de promoción, pero estas personas, víctimas sin duda de algún desequilibrio psicológico u hormonal, insisten: "No eres tú. No te creo. Es tu secretaria". Yo les ruego que me crean, les aseguro que soy yo, les ofrezco enviarles una carta escrita a mano para que algún experto en caligrafía determine que ese manuscrito me pertenece sin duda, pero esa gente enferma no me cree ni me creerá nunca. Entonces me rindo. Cuando quiero que desaparezcan y dejen de torturarme, escribo: "Tenías razón. No soy Jaime. Soy Amparito, su secretaria. Mil disculpas". Casi nunca vuelven a escribir, aunque algunos insultan a Amparito y otros tratan de seducirla.

Pero los peores e mails son los que llegan con una foto adjunta y una encendida declaración de amor. La manera más rápida de cortarles la pasión es responder: "Gracias por enviarme tu huella digital".